



ministros de Gobernación y Fomento y director de Obras públicas, para evitar disgustos.

El tren de Mérida sale sin aguardar al de Madrid por el notable retraso de éste. *—El correspondiente.*

Se suponen que han perecido tres naufragos del vapor francés *Nantes*.

Se ha organizado un servicio de socorros.

Hácese esfuerzos extraordinarios para acomodar en la pequeña villa de Malpica tanto naufragos.

Castellón, 12 (11:55 m.).

Esta madrugada descargó una terrible tormenta que en pocos momentos inundó las calles de la población. El río Mijares tuvo una crecida considerable y se teme que haya arrastrado en su corriente a alguna de las muchas personas que duermen al raso con motivo de la recolección de la algarroba y de la vendimia. Ambas cosechas han tenido grandes pérdidas.

La planta baja del edificio que ocupa el gobierno civil se halla inundada y no puede subirse a sus oficinas. Otros edificios han sufrido bastantes desperfectos.

Las autoridades han recorrido los barrios para prestar auxilios y la guardia civil ha prestado excelentes servicios.

El pánico ha sido terrible y muchas familias han abandonado sus casas temerosas de algún hundimiento. *—El correspondiente.*

Castellón, 12 (1 t.).

El gobernador sale a visitar los pueblos más castigados por la tormenta. El edificio donde se encuentran las oficinas de Hacienda y Gobernación no solo está inundado en su planta baja, sino en los pisos altos. Ha tenido que abrirse zanja para dar salida a las aguas. El edificio amenaza ruina, siendo necesarias algunas obras para evitar una catástrofe. *—El correspondiente.*

Según las últimas noticias recibidas, ha disminuido el embalse del pantano de Llorca, desapareciendo por ahora el temor de que las aguas rebasen las márgenes del reguero.

Murcia, 12 (12 t.).

En las inmediaciones de Vinuesa un violento incendio lleva talados seis kilómetros de arbolado, monte y pinar grande de Soria. Tres días lleva el incendio sin poderse dominar, por lo que se ha pedido auxilio a los pueblos próximos.

El inspector de Telégrafos, D. Romualdo Bonet ha salido hoy para Logroño, después de su visita reglamentaria a esta sección telegráfica. *—El correspondiente.*

Soria, 12 (3:40 t.).

En las inmediaciones de Vinuesa un violento incendio lleva talados seis kilómetros de arbolado, monte y pinar grande de Soria. Tres días lleva el incendio sin poderse dominar, por lo que se ha pedido auxilio a los pueblos próximos.

El vapor francés *Ville de Bone* que se dirigía de Argel a Port Vendres con 62 tripulantes y 80 pasajeros, ha embestado esta madrugada en la costa Sur de Menorca, causando grandes averías en la proa. Hállase anclado en Ciudadela esperando órdenes de la compañía a que pertenece.

BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

puesta a ejecutar su voluntad, no le pertenece ya!

—¿Con qué furiosa alegría la hubiera disculpado... si hubiera podido! ¡Qué ansiedad sentía de que ella se defendiera victoriosamente y le demostrara su inculpabilidad!

Y al mismo tiempo se acusaba de ser un imbécil, un hombre sin honor. ¿es posible perdonar una traición así?

Al fin, trascurridos breves instantes, oyó que las puertas se cerraban y que la doncella se retiraba a su cuarto.

Comprendió que lo esperaban y subió despacio la escalera, como queriendo retardar el momento en que iba a perder su última y frágil esperanza.

La alfombra de la escalera ahogaba el ruido de sus pasos.

Abrió con estrépito la puerta, sentíase muy agitado, y vio que su mujer escondía precipitadamente el saco de viaje.

Comprendió que allí había un secreto acérrimo a ella, y sentándose en una silla baja, vino a dar un instante de mirarla, le dijo con voz alterada:

—Juana, ¿crees que te he amado sinceramente?

—Sí.

—¿Crees que cualquier otro hombre te hubiera hecho más feliz, ó al menos se hubiera afanado tanto por conseguirlo?

—No.

—¿Sentías afecto hacia mí cuando consentiste en casarte conmigo?

—Lo amo a usted—se concretó ella á contestar.

—Durante tu ausencia han pasado cosas graves, graves y tristes. Me han revelado secretos terribles para nosotros, para mí, que á pesar de mi carácter fuerte, porque soy hijo del trabajo, hijo de mis obras, estoy destrozado.

Ella permanecía callada.

—A pesar de todo, sin saber por qué, y á despecho de las apariencias que tanto te condenan, no puedo creer que la Juana que yo he conocido, tan desinteresada, amante y bondadosa, no sea una mujer honrada. Contestá, pues, sinceramente, y te lo ruego, defiéndete si puedes. Hazlo por mí, si es que tu altivez te impide buscar disculpas.

—¿Qué quiere usted saber?

—¿Es verdad que has sido la amante del marqués de Breilles?

—Sí.

—Pero no. Es imposible. Tú quieres po-

ner á prueba mi cariño. Reflexiona y contesta.

—Es verdad.

—¿Antes de casarte?

—Antes.

—¿Cuánto tiempo duró esa unión?

—Cerca de un año.

—¿Había concluido?

—Seis meses antes del matrimonio de la señorita de Souvigny.

—Después se reanimaba.

Diríase que él mismo quería defender la causa de su querida culpable, cuyo silencio le irritaba.

Ella estaba allí, á su lado; ella, á quien debía, las más vivas, las más puras alegrías de su vida; allí estaba, embriagadora con su perfume sin igual, el traje desabrochado, los brazos medios desnudos, las preciosas manos cruzadas, casi impassible, en la actitud del reo ante el juez, contestando brevemente á sus preguntas, y considerando indigno del templo de su alma el rebajarse á una defensa inútil.

¿Defenderse! ¿Y para qué?

Eso sería tan deshonroso para ella como para su marido.

Su falta era innegable.

Si su marido perdonaba, perdía en la estimación que ella sentía por él, por más que el perdón fuera en beneficio suyo.

—Veamos—repuso Desparcs—eres demasiado bella, demasiado digna, tienes un corazón demasiado noble para haber cedido á una pasión vulgar. La ambición te cegó. Ese Patricio, por despreciable que sea, será duque. A falta de riqueza ha podido aspirar á obtener lucrativos empleos. Esa gente nunca se arruina por completo. Siempre les cae del cielo una herencia imprevista, un golpe de suerte que los levanta cuando más caídos están. Te haría grandes ofrecimientos, y ante todo el de casarte conmigo. Y, en fin, que te engañó. ¿Quisiste ser duquesa?

—No.

—Entonces es por vergonzosa debilidad, que te entregaste con todas las circunstancias agravantes de un abandono de la peor especie...

—¿Usted sabe?

—Lo sé todo.

Ella bajó la cabeza.

—Una palabra aún. Después de nuestro casamiento se han vuelto ustedes á ver. Tú has escrito una carta que contenía esta palabra: «Iré.» ¿A dónde ibas? ¿A esa habitación

de las innobles citas, á una casa mal reputada de la calle de Berlín! ¿Sí ó no?

—Sí.

—De modo que te envileciste de nuevo cuando no tenías derecho á ello, puesto que sacrificabas el honor de otro con tu honor?

—Sí.

Y como tuviera una de las manos de Juana entre las suyas, la rechazó.

—No tengo más que preguntarte. Ella hizo ademán de retirarse.

—Espera, dijo Desparcs—espera. Quiero comunicarte mi resolución.

Se volvió hacia él como un autómata; tenía los ojos secos y animados por una resolución feroz.

—Eres mi mujer; te llamas la señora de Desparcs. No es ciertamente nombre de duques, ni de barones; pero es honrado, es el nombre de unas personas leales, laboriosas y trabajadoras, que jamás han cometido una mala acción. No quiero, pues, que ese nombre sirva de mofa y asunto á los periódicos, ni que se alce el escándalo á nuestro alrededor. Cuando se es un miserable, es necesario tener al menos el pudor de ocultarlo. Estoy dolorosamente sorprendido. Tengo la debilidad de confesarlo.

—¿Un profundo sollozo conmovió aquel robusto pecho!

—¡Esto es para avergonzarse de sí mismo! —exclamó al sentir aquellas lágrimas.—Tengo en Dieppe una casa bastante buena, ya la conoces. Te la cedo. No pondré jamás los pies en ella, puesto que no nos volveremos á ver. Entre los dos hay un abismo. Te señalo al mismo tiempo quince mil francos de renta, y ahí vivirás. Diré que tu ausencia obedece á motivos de salud. El mundo creerá lo que quiera, y... ¿qué me importa el mundo?

—No necesito nada—dijo ella.

—En compensación de ese sacrificio, exijo que me ofrezcas no atentar contra tu vida. El doctor Reoul me ha dado cuenta de tus astucias. Cometiéste la imprudencia, fiado en tu formalidad, de darte una medicina que puede ser peligrosa, mortal, cuando no se aplica con las debidas precauciones. Es una defensa que deshabas poseer. Ahí está, ya lo sé.

Y estendió la ancha mano, colocándola sobre el saco de viaje.

—¡Rolando!—exclamó Juana.

—Ya lo ves; piensas matarte. Eso no está bien. ¿Me mato yo?

Abrió el saco, y sin necesidad de buscar

mucho, encontró enseguida el consabido frasco, que tiró por la ventana.

El cristal se rompió en mil pedazos contra la pared medianera del hotel de Souvigny, y el veneno se esparció sobre la yerba del suelo y por la yedra que cubría la tapia.

—¿Aceptas lo que te he propuesto?

—¿Quisiera que me dejara usted reflexionar lo hasta mañana temprano—dijo Juana con voz apagada.

—Buena.

El se levantó.

—Ten paciencia—le dijo sonriendo dolorosamente—puede ser que pronto te veas libre...

—¿Quieres batirte?—exclamó colocándose entre él y la puerta.

—Nada de eso; jamás he cogido una espada, ni una pistola. ¿Me llamo acaso marqués de Breilles? ¿Matar al marido de Luisa? Aunque, después de todo, quizá le hiciera un favor. ¿No tienes nada más que decirme?

—Nada, como no sea suplicarle que no espere su vida por mí. No lo merezco.

—Puedes estar tranquila; Breilles está en Arville y yo no saldré de París, te doy mi palabra. Esperaré tu respuesta. Hasta mañana. Me voy al tribunal, tengo mucho que hacer allí,afortunadamente, porque eso me ocupa, y gracias á ello no me he levantado la tapa de los sesos. Es muy conveniente tener una ocupación. ¿Cuánto te amaba! ¡No te conocí bien! ¡Nunca se sabe lo que son las mujeres!

¡Pobre Desparcs!

Al ponerse de pie, Juana le vio vacilar como si estuviera ebrio; y mientras bajaba la escalera, iba tropezando.

Entró en el estudio y cerró con violencia la puerta.

Ella entonces salió, temblorosa, prestando atención á la meseta de la escalera; creyó oír gemidos é inarticuladas palabras; pero al dar la una salió; y desde la ventana, á través de los visillos, Juana le vio alejarse, erguido, con la cabeza alta, luchando con la desgracia que lo abrumaba, y que en un momento pudo más que su poderosa fuerza de voluntad.



